

¿Y el juicio moral?

Las clases magistrales se dan todos los días. Los maestros son muchos y todos con un gran carisma. Se llaman Kojak, Columbo o Rockford y sus lecciones se reparten gratis a través de la maravilla que es la televisión.

Antes, otra ola de maestros a través del cine nos enseñó la fascinación de la violencia, el interés científico del crimen, el suspenso y la emoción que derivan de un asesinato bien planeado, una violación morbosamente ejecutada o un robo pensado con mentalidad de computador.

Literatura abunda sobre el apasionante tema. Con el inocente título de novela policial, Agatha Christie o Georges Simenon relajaron las tensiones de nuestro trabajo diario narrándonos las peripecias de detectives que, con paciencia y perspicacia, trazan la huella que los llevará al asesino astuto e inteligente.

Después de tan prolongada enseñanza, estamos familiarizados con el crimen. Es posible que titubeemos si se nos consulta sobre el desarrollo histórico de Europa, sobre la forma cómo nuestro país adquirió su independencia o sobre las características culturales más notables del Renacimiento, pero no vacilamos en señalar las distintas formas cómo se puede planear un crimen, cuáles son las coartadas más hábiles a que pueden acudir los inculpaos, las elementales medidas que debe tomar un buen policía al descubrir un homicidio.

Y cuando los diarios notician la existencia de un horrendo crimen que se ha cometido en la realidad, la repetida ficción a que hemos estado expuestos hace que reaccionemos ante el hecho igual que si se tratara de una novela, de una serie de televisión o de una película de gangsters.

Comentamos el crimen como si se tratara de la novela policial en boga, lo ana-

lizamos con los tecnicismos que nuestros maestros ficticios nos han enseñado, y si el caso no tiene el suspenso y la emoción que debe tener toda buena novela, película o serie televisiva, desconectamos nuestra atención y esperamos otro crimen mejor construido.

Sólo nos falta una cosa: el juicio moral.

En medio del festival de crímenes a que estamos acostumbrados por la ficción contemporánea, olvidamos la abominable naturaleza de un secuestro, de un homicidio o de un ataque sexual, la visión de tanta sangre falsificada nos ha inmundizado de la natural repelencia por la sangre humana; la inteligente frialdad profesional que adoptan en las pantallas los investigadores de turno, nos hacen pasar por alto el dolor de la víctima o de sus familiares.

Hemos perdido la capacidad de escandalizarnos. Nuestros majaderos maestros nos dictan cátedra de esa necesidad de justicia que habita en todo ser humano y que incita al castigo ejemplar. Ellos no nos advierten del dolor que debería sentir por la humillación o la mutilación arbitraria que experimente un hombre o una mujer. Sus clases presuponen que el crimen es un hecho anecdótico y no un ataque frontal al cuerpo social.

Todo eso no cabe en las reglas del género policial, que se ha convertido en un juego tan aséptico como el ajedrez.

Ya es hora de que principemos a reaccionar de esta esquizofrenia que entremezcla la realidad y la ficción. De no hacerlo, puede que algún día comprobemos con asombro que nuestra propia sangre o la de los seres queridos no es jugo de tomate y que no acudirán a socorrernos ni el distraído Columbo ni el escarabias Kojak.

PARTIQUINO.